

1er. Capítulo

El tiempo mientras tanto

Carmen Amoraga



FINALISTA PREMIO PLANETA 2010

Carmen Amoraga



El tiempo mientras tanto

*Finalista Premio Planeta
2010*

 Planeta

María José era una gran mujer que no tuvo suerte en la vida. A los dos meses no había otra cosa que le gustase más que la teta de su madre pero tuvo una bronconeumonía que la condenó al biberón (ardía de fiebre y a su madre se le cortó la leche del disgusto). A los cuatro años le detectaron reuma en la sangre (no era grave, pero un practicante tan antipático que ni siquiera le hacía la broma de voy a usar una aguja invisible le tenía que poner inyecciones dolorosísimas una vez por semana). A los seis empezó a sufrir ataques de acetona (nada del otro mundo, pero se convertía en la niña de *El exorcista* cuando empezaba a vomitar). A los once años pareció encontrar estabilidad en su molesta salud, pero a cambio le cogió gusto a comer y empezó a engordar. A los trece, coincidió en el ascensor con un vecino al que había visto al menos ciento cincuenta mil veces porque estudiaba séptimo en el mismo colegio en el que ella iba a octavo, y porque vivían en el mismo edificio (es decir, toda la vida) y que siempre le había dado lo mismo, hasta ese día. El niño le preguntó a qué piso vas, como si no lo supiera, y ella, muerta de vergüenza, le contestó al quinto. Era mentira.

Abril

La mujer que va a morir y no lo sabe, o quizá sí, tiene los ojos cerrados, el cuerpo rígido, las manos abiertas, los dedos extendidos. Las enfermeras le hablan, le dicen, venga, bonita, que vamos a cambiarte las sábanas; o huyyyy, pero qué buen aspecto tienes hoy, o guapa, alegre esa cara; o preciosa, levántame un poco el culete que te voy a hidratar; o pero qué pelos me llevas; o mira, voy a abrirte la cortina para que te dé el sol y te pongas morena; o no te asustes, cariño, que te voy a menear un poquito para que no te salgan llagas; o vamos, sonríe un poco, que hoy ha venido tu amiga Marga a verte. Pero la mujer que va a morir no mueve ni un músculo. No parece triste ni tampoco alegre. Su amiga Marga le da lo mismo porque le queda poco tiempo. Quizá no se dé cuenta. O quizá sí. Quizá note que cada día es como una despedida, que cada noche se convierte en una batalla ganada. O perdida. Tal vez tenga ganas de terminar. Quién sabe. Alguna vez, antes, cuando la vida ya era una resta, cuando ya estaba perdiendo la pelea contra la muerte pero no se daba cuenta, había hablado de cómo

sería, palmarla, decían, palmarla y no morir, como para quitarle gravedad al hecho de dejar la vida. Si estaba con otras personas siempre recurría a lo mismo, lo típico, que estamos de paso, que no tiene tanta importancia, que todos nacemos y todos morimos, que esto no es más que una cuenta atrás, que la vida no es más que un rato, cuatro días al fin y al cabo, que lo importante no era cuánto, sino cómo.

Pero si estaba sola, si se lo preguntaba estando sola, al instante se arrepentía de haberse formulado la pregunta, porque en realidad no le importaba qué era estar muerta, sino la certeza de la respuesta: lo poco que queda después, lo pequeño que es el hueco que dejamos, y esa marca, tan leve, tan efímera. Ella sabía que recordamos poco tiempo a los que se van. Lo único eterno son los genes. Lo oyó en la radio, y pensó que era verdad, que nuestro recuerdo no nos sobrevive tanto como nos gustaría y que lo indeleble de nuestra huella pasa desapercibido.

¿Cuánto de lo que era ella se lo debía a los que fueron antes?

Cuando le llegó la hora a su abuelo Julio, su padre lloró en el cementerio como lloran los críos, sin vergüenza, haciendo ruido, sorbiéndose los mocos, apartándose las lágrimas de la cara. Ay, papá, ay, perdóname todo lo que te he hecho. Ella se le acercó por detrás y le colocó una mano en el hombro. Notó su llanto, justo ahí, en la palma, y el contacto le dolió. Los sollozos de él la hacían vibrar con ritmo triste, ay, mi padre, María José, ay, ay, ay, se detuvo para mirarla, tragó saliva, y luego continuó ay, que se me ha ido mi padre, y ella no sintió pena, sino pudor, como si estuviese invadiendo un territorio privado, porque nunca había estado tan cerca

de alguien que sufriese tanto. Tranquilo, papá, el abuelo ya ha dejado de sufrir.

Lo dijo porque lo sentía, ya está, ya ha descansado; lo que se calló fue que el abuelo Julio estaba más solo que la una porque llevaba años viviendo en una residencia de ancianos en Gandía, que le habían llevado a ésa en lugar de buscar otra más cerca porque les salía más barata con lo del bono residencia, y que desde hacía tiempo lo único que quería era o que lo sacaran de allí o morirse de una vez. Sus hijos, tres chicas y un varón, iban poco a visitarle. No es que no le quisieran, porque lo querían, pero no encontraban tiempo para ir a verle. El trabajo, las obligaciones, tú lo sabes, papá, tú has sido un hombre ocupado toda la vida. Venimos cuando podemos, y el abuelo Julio los miraba con una indiferencia fingida que en realidad era desprecio, y murmuraba hijos de puta, para esto me he deslomado, para esto me he privado yo de todo lo que me he privado, para esto he pasado la vida avergonzado por mis errores, arrepentido por haberos dejado sin nada, hijos de la grandísima puta, que eso es lo que sois, sacadme de aquí o dejad que me muera para que no os vea más, hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta, una y otra vez, en voz muy baja, tan baja que había que estar muy atento para darse cuenta de que ni rezaba ni farfullaba locuras de viejo, sino que los insultaba sin perder ese aspecto apacible que no se le fue de la cara ni siquiera en el ataúd, cuando le quitaron la dentadura postiza y le metieron en un sudario blanco, una decisión de última hora para resolver el problema de sus pies. Mejor dicho, de sus zapatos: los había extraviado en la residencia. No es plan enterrarlo en zapatillas con suela de goma, con lo que él ha sido, que siem-

pre iba hecho un figurín, dijo alguien. No, no es plan, convino el resto.

Ellos, los hijos, habían establecido turnos para ir a visitarle un par de horas los sábados o los domingos. A veces los acompañaban los nietos y empujaban una silla de ruedas hasta la playa, y tomaban un refresco frente al mar. Qué bien lo hemos pasado, ¿eh, abuelo? Julio respondía con su letanía inaudible (hijos de puta y demás), porque para él, que pasaba las horas mirando por la ventana esperando que llegase el momento de desayunar, de comer, de cenar, de acostarse, de desayunar, de comer, de cenar, de acostarse, un día tras otro, y que aguardaba esa sucesión de acontecimientos al lado de Trini (una anciana que conservaba el pelo negro y toda su dentadura pero había perdido la memoria y no se sentaba nunca porque estaba convencida de que iban a ir a por ella y no quería malgastar tiempo en levantarse de la silla), o de Roberto (que se pasaba el día llorando desde que se le murió su mujer en la cama de al lado y los hijos se empeñaban en decirle que estaba muy mala en el hospital), o de Vicente (que planeaba fugas continuamente como si, en lugar de en un asilo de lujo, estuviera en una prisión), esas horas que sus hijos le entregaban como se entrega un regalo le daban por el culo más que cualquier otra cosa.

Así que ella lo dijo de verdad, el abuelo ya ha descansado, ya está, papá, pero su padre se dio la vuelta y la miró con la misma tristeza con la que lo miraba todo, porque su padre era un hombre de naturaleza triste, con esa misma mirada, pero elevada al cubo, y le dijo sí, pero ¿y ahora qué?, ¿ahora quién se va a acordar de él?, ¿quién va a saber que le gustaba comer sardinas de bota pisadas

en la puerta, que le daban pánico los dentistas, que no había llorado hasta que cumplió los setenta y cuatro años, que guardaba la gabardina gris que le llegaba hasta las rodillas que se compró con el primer dinero que pudo ahorrar?, ¿quién va a saberlo?, ¿quién?, dime quién, dime cuánto tiempo vamos a tardar en olvidarlo. Eso dijo, y hubiera dicho mucho más, pero la voz se le volvió de plomo en la garganta y no tuvo más remedio que callarse.

Cuando pensaba en la muerte estando sola, María José se acordaba del abuelo Julio, porque él había muerto mucho tiempo antes de morir de verdad. Se murió cuando empezó a marchitarse, a perder las ganas de vivir, a dejar de ser el hombre que había sido, ese que se comía el mundo a bocados, ese que tuvo la idea de abrir La Belle, una perfumería en la calle de la Paz, en pleno centro, y el acierto de hacer correr la voz de que los productos que vendía venían de París para que todas las clientas se volvieran locas comprando exactamente lo mismo que en cualquier otra tienda, pero que se llevaban de ésa porque estaban convencidas de que era mejor porque llegaba de Francia; ese que amasó una pequeña fortuna, que se gastó todo lo que tenía en partidas clandestinas de bacarrá y en putas justo cuando su hijo varón, que se creía que el dinero manaba del cielo y que por lo tanto era tan inagotable como la lluvia que caía de él, estaba a punto de casarse con Pilar; ese que, después de todo, miraba a los demás fingiendo un orgullo que estaba lejos de sentir, y decía ¿y qué?, el dinero es mío y me lo gasto en lo que me sale de los cojones; ese que no se achantó cuando su mujer dejó de hablarle y que les plantó cara a sus hijas, que no tenían otra aspira-

ción más que ser herederas toda la vida. ¿Y ahora qué hacemos? Pues trabajar, coño, ¿qué vais a hacer?

Ya no era su abuelo, qué va, no era el mismo que al día siguiente de descubrirse su pufó convenció a un vecino para que le prestase veinte duros, a otro para que le dejase doscientas pesetas, a varios para que le diesen cincuenta, y con lo que juntó compró en un almacén una partida de bragas y las vendió a voces por las calles de los pueblos de los alrededores de Valencia, y así volvió a empezar. Ese abuelo Julio, ese que se partía de la risa cuando decía estos presumidos nunca me han perdonado que me volviese gitano, ya se había ido hacía mucho, y cuando lo ingresaron en esa residencia no le quedó más remedio que olvidarse de él. Fue duro, pero así fue. Se le hacía un mundo coger el coche, ir a verle, sostenerle de la mano, ¿qué tal, abuelo?, pues aquí, ya me ves, ¿qué tal todo?, bien, ¿cómo está tu marido?, bien, ¿comes bien?, sí, huy, qué tarde es, vale, adiós. Así que ella prefería recordarle tal como había sido, antes, cuando de verdad estaba vivo.

El día que su madre la llamó para decirle que su abuelo había muerto, no le lloró. Hacía años que se había despedido de él. Y, sin embargo, después, no era extraño que pensara en él en presente, como si todavía estuviera sentado en el salón de la residencia. El abuelo Julio querrá ver esta corrida de toros en la tele, al abuelo Julio le encantará este bastón, cómo se parece este hombre al abuelo Julio. Quería decírselo a su padre, yo le recuerdo, yo le mantengo vivo, yo pienso en él, pero le daba miedo que se pusiera a llorar otra vez. Mejor dicho, le daba vergüenza.

¿Cómo será estar muerto? Cuando se hacía la pre-

gunta se mostraba indiferente para espantar su temor. Se encogía de hombros. Pues ¿cómo va a ser? Como dormir, como emborracharse hasta perder el sentido, como antes de nacer: nada. Después, alejaba ese pensamiento. Bastante duro era mantenerse vivo.

A la mujer que pasa las tardes de tres a nueve sentada frente a la que va a morir y no lo sabe, o quizá sí, se le hace muy duro no sólo vivir, sino fingir que sigue viviendo como si no pasara nada. Por eso, para disimular, intentó usar el mismo tono de las enfermeras al hablar con la enfermera. Cuando la llevaron a ese hospital, le dijeron que tenía que hablarle continuamente, y tocarla, y hacerle caricias para que ella sintiera que no estaba sola. No está demostrado, pero ustedes háblenle por si acaso. A Paco le sale mejor, seguramente porque está acostumbrado a hablar sin que nadie le haga caso, pero a ella le cuesta trabajo dirigirse a ese cuerpo mudo, quieto, ciego y quién sabe si sordo, como si le fuera a contestar. Y eso que se lo cree. Semanas antes de que María José tuviera el accidente, leyó en un periódico que un italiano que había pasado dos años en coma profundo despertó diciendo mamá y asegurando que lo había oído todo en ese tiempo, y alguien le ha contado en el hospital el caso de un estudiante que recuperó la conciencia cuando le pusieron un vídeo que habían grabado todos sus compañeros de clase gritando su nombre (Caaaaaaaarloooooos, despieeeeeerta). Háblenle, les dice todo el mundo.

Y ella lo intenta, pero como no es capaz de hacerlo

con naturalidad ha alquilado varias veces en el videoclub de debajo de casa *Hable con ella*. Piensa tanto en la película desde que está allí que a menudo tiene la sensación de que al mirar a la cama se va a encontrar a Rosario Flores, pero no. No tiene nada que ver. La protagonista es torera y está en coma por una cogida y, aunque es difícil, no es imposible que algún día se despierte. María José, no. María José trabaja en una gestoría y es un tráfico, que es como llaman en el hospital a las víctimas de los accidentes de coche. Eso es lo que tuvo su hija, pero no lo que la matará. El golpe le dejó lesiones cerebrales, pero lo que se la llevará será una infección, o un encharcamiento de los pulmones, o todo a la vez, dentro de un mes o dentro de un año, o dentro de diez. Quién sabe. Le da lo mismo. No tiene prisa.

María José se morirá despacito, sin darse cuenta. No es tan mala manera. Es como vivir hacia atrás, como descumplir años, como volver al útero de su madre. A su útero. Ustedes háblenle, por si acaso. Y ella, que no se siente capacitada para contradecir a los médicos porque para eso se han pasado la vida estudiando, le habla. Por si acaso.

Y, al principio, quiso copiar la alegría de las enfermeras. ¿Cómo ha pasado la mañana mi niña?, o ¿ha venido alguien a verte, corazón?, o ¿qué tal se ha portado Cleopatra?, ¿te has entretenido con ella, María José?, o bueno, si pareces una abuela con ese camisón, voy a ponerte otro para que estés bien guapa, o mmmm, pero qué hambre tengo, ahora mismo me comía un arroquito al horno, ¿te acuerdas de que era tu plato favorito cuando eras pequeña, cariño mío? El día que le dijo eso, le miró la sonda que le cruzaba el cuerpo desde la nariz

hasta el estómago. Por ahí le metían la comida y la medicación.

Le pareció de tan mal gusto mencionar el arroz al horno que por poco se hizo sangre en el labio al morderse, arrepentida de sus palabras, y la expresión, cariño mío, se le cayó de la boca. Casi se echó a llorar. Perdóname, hija, perdóname, te lo pido por favor. Ésa fue la última vez que trató de ser como las enfermeras.

Nunca la ha llamado así, cariño mío, en toda su vida. O sí, sí lo ha hecho, pero hace ya tanto tiempo que le parece que quien lo decía entonces era otra persona. Pero se lo decía. Cuando era un bebé, eso seguro. Ahora también es como un bebé. La entenece pensarlo, pero no puede decírselo. Cariño mío. Eso no. A veces abre los ojos cuando se enciende una luz en la oscuridad, o estira las manos si oye un ruido fuerte. Son los reflejos, como en los recién nacidos, les explicaron los médicos. Habíamos pensado que estaba mejor. No. Háganse a la idea de que cualquier cambio será a peor. Son duros, pero ella lo agradece. No soportaría hacerse ilusiones para nada.

María José siempre fue perezosa, se le pegaban las sábanas todas las mañanas para ir al colegio. Ojalá pudiera pasarme la vida dormida, protestaba. Y ahora que tiene lo que deseaba, ahora que no se va a despertar, ella no se atreve a llamarla como la llamaba entonces (cariño mío). Nació tan chiquita que daba miedo tocarla. Paco tardó casi un mes en abrazar a su hija, pero ella se la comía a besos, cariño mío, ¿quién te quiere a tí?, ¿quién te quiere? La niña la miraba, pero no la veía a no ser que le pusiera la cara bien cerca, así que se la arrimaba, piel con piel, le hablaba al oído, tu mamá, tu mamá te quie-

re, tu mamá te quiere tanto que daría la vida por ti, tu mamá te quiere tanto que mataría al que te hiciera daño, cariño mío, hija de mi alma, tu mamá te va a querer igual cuando te salgan los dientes, cuando camines, cuando crezcas, cuando seas una mujer, cuando tengas hijos, ahí estará tu mamá, queriéndote como ahora que eres como un cacahuete, toda cabeza y culo, que no puedes sostener el cuello, así como te quiero ahora, igual que ahora, te prometo que te voy a querer toda la vida. Y no había faltado a su promesa, nunca. Bueno, sí había faltado, porque la había querido cada día un poco más, un poco más, hasta que tanto amor se había vuelto insoportable y echó el freno, pero ni aun así había dejado de quererla, ni tampoco cuando, hacia los doce años, una niña protestona y enfadada con la vida que se comía todo lo que caía en sus manos se zampó también a la María José de antes, la niña risueña y flaquita.

A veces le daban ganas de zarandearla, eh, tú, so gorda, devuélveme a mi hija y deja de quejarte por todo de una vez, pero luego se avergonzaba de esos pensamientos. Se preguntaba si sería natural tenerlos, si no era propio de una mala madre, si no se habría convertido en un monstruo que odiaba a su hija, si las otras también pensarían cosas de ese estilo y, para tranquilizar su conciencia, se decía que seguramente sí, que ella era como todas, que no era una mala madre ni su hija una mala hija.

Eran sólo cosas de la edad. La adolescencia, que era muy puta, especialmente puta con María José, que había sido una cría de anuncio, con esos ojos negros inmensos que parecían mirarlo todo con una seriedad que no se correspondía con su edad, con ese pelo rizado, con esa sonrisa zalamera que le salía cuando quería algo, mami,

mami, ¿sabes que eres preciosísima? ¿Sabes que te quiero? ¿No me comprarías una bolsa de Peta Zetas? Y ella, claro, se la compraba. Y gusanitos, y dulces, y le daba bocadillos de sobrasada y queso, y cocinaba potajes, y lentejas, y todo lo que la niña de sus ojos quisiera si se lo pedía con esos dos hoyuelos en las mejillas. Así fue como María José empezó a crecer más a lo ancho que a lo largo. Así fue como a su hija empezó a agriársele el carácter, porque en la escuela le gastaban bromas, le cantaban la Ramona es la más gorda de las mozas de mi pueeeeblo, Ramooooona, te quieeero. Así se le revienta el carácter a cualquiera. Ella quiso cumplir lo que le había prometido cuando nació (mataré a quien te haga daño) sin que la sangre llegara al río. Fue al colegio. Habló con la directora, que se llamaba doña Marina y que siempre vestía un traje de chaqueta azul.

—Mire, Marina.

—Doña Marina, si no te importa.

—Bueno, mire, doña Marina, es que los niños insultan a mi hija y la niña llega a casa llorando todos los días.

—¿Y qué le dicen?

—Gorda.

—Es que, si me lo permites, Pilar, un poquito gordita tu hija sí está.

A Pilar se le llenaron los ojos de lágrimas. Quiso decirle que también ella se merecía un doña delante del nombre, que su hija no estaba gordita, sino gorda, pero que eso no tenía que ser motivo de insulto. Quiso preguntarle si a ella le gustaría que los demás se rieran del siete que llevaba zurcido en la falda o de la calva que se le intuía por debajo del pelo cardado como si fuera un

casco romano. Quiso exigirle que protegiera a su hija, que era lo que más quería en el mundo. Quiso amenazarla: o me la cuida o aquí va a pasar una desgracia, pero tuvo miedo de echarse a llorar si abría la boca, así que la mantuvo cerrada un buen rato, al cabo del cual la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Usted tiene hijos, doña Marina?

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Mucho, doña Marina, porque si usted tiene hijos puede imaginarse lo que sufre una madre en esta situación.

Doña Marina no le contestó. No tenía hijos. No tenía marido. No tenía nada más que ese trabajo, que, por lo demás, no le gustaba. No tenía más que tres trajes iguales que ése porque, cuando salía de allí, se pasaba el día en bata. No se lo contó, pero esa tarde quiso poner firmes a todos los compañeros de María José López Zamorano. No dio nombres. No hizo falta. Dijo: desde este momento, a quien se le ocurra meterse con los enanos, los bizcos o los gordos tendrá que enfrentarse con el castigo que corresponda. El castigo que corresponda, el que doña Marina infligía nada más que cuando era menester para mantener a raya a esos pequeños delincuentes, era sencillo: se colocaba al niño infractor en pie delante de la pizarra, a una distancia de más o menos medio metro, y se le golpeaba varias veces la cabeza contra el encerado, lo suficientemente flojo para no dejar marcas pero lo suficientemente fuerte para causar mareo en el castigado y terror entre el público.

Doña Marina pensó que con ese ultimátum el asunto quedaba zanjado. María José cerró los ojos y se cagó en su madre, porque en clase no había ni bizcos ni enanos

ni más gordos que ella misma, así que estaba claro por quién lo decía. Ese día, además de cantarle la canción, empezaron a pegarle. Cuando Pilar le vio las señales de los golpes en las piernas, le preguntó ¿cómo te has hecho eso?, como si no lo supiera, y no le dijo nada de su visita al colegio. No hacía falta. María José le contestó me he caído en el patio, y tampoco le dirigió más que una mirada fulminante, te odio, mamá, te odio como no te puedes imaginar. Las dos se encerraron en su habitación, a llorar, a maldecir, una a la hija de la gran puta de doña Marina, que le amargaba la vida, la otra a la hija de la gran puta de su madre, que le amargaba la vida. Esa tarde, además, las dos empezaron a recorrer una distancia imaginaria que las separara. Han ido lejos, desde entonces. Sólo han parado por puro impedimento físico, el día en que un coche se interpuso en el camino de María José.

¿Cómo te encuentras? ¿Cómo has dormido? Te he traído un cedé de Luis Miguel, a mí me parece un poco hortera, ¿qué quieres que te diga?, pero a ti sé que te gusta. Lo voy a poner ahora que la de al lado se ha ido a rehabilitación. Si le dice eso no se siente mal, pero sabe que si añade en voz alta lo otro (cariño mío) sería como si la insultase. Y, sin embargo, quiere decírselo. Quiere decirle eres mi hija, María José, mi hija querida. No te mueras hoy. Déjame que te mire, y que te toque, y que te hable aunque no sepa bien qué decirte. Cariño mío. Cariño mío. Pero no se lo dice. Lo piensa nada más.